

Hasta que las velas ardan

Por Adriana Tyrkiel

Una creación artística es un relato subjetivo, una ficción propia de la naturaleza humana, una representación singular como respuesta al vacío y a lo imposible de decir sobre el modo de gozar. El arte contemporáneo apunta a lo real y no a lo sublime. Apunta a mostrar el vacío, el agujero, a exhibirlo y a abrirlo y no a taparlo, como una forma de volver visible lo invisible. Las obras de arte nos interrogan y para tocar lo real deben apuntar a la esquizia del ojo y la mirada.

El artista da a ver aquello que le pertenece y que está, al mismo tiempo, fuera y asegura el lazo al Otro por la *extimidad* del goce. Está íntimamente ligado a la evolución de los conceptos sociales. Se destaca por su instantaneidad, tiene oscilaciones continuas del gusto y cambia simultáneamente; así como el arte clásico apuntaba a una metafísica de ideas inmutables, el actual encuentra gusto en la conciencia social del placer. El arte tradicional era un arte de objeto, el actual de concepto y apunta al arte activo, de acción, de lo efímero. Urs Fischer, suizo que vive actualmente en Nueva York, presentó en la 54 Bienal de Venecia una impresionante instalación de tres esculturas realizadas en cera que se derriten poco a poco ante las incómodas miradas de los espectadores, dando a ver la impermanencia y la consecuente metamorfosis. Se observa un hombre con las manos en los bolsillos –según el artista, su amigo Rudi–, inmutable frente a la situación que observa, mirando a través de sus anteojos una gran escultura clásica: una réplica de *El rapto de las sabinas* de Giovanni Bologna, de 1583. El rapto de las sabinas es un episodio mitológico que describe el secuestro de las mujeres de la tribu de los sabinos por los fundadores de Roma durante un evento deportivo. Ellas solo aceptarían contraer matrimonio con la condición de ocuparse del telar y de erigirse como gobernantas de la casa, sin realizar quehaceres domésticos. Años más tarde, las sabinas evitaron un enfrentamiento entre ambos pueblos. Al costado, la tercera escultura, una silla giratoria vacía que pertenece al escultor. Las tres piezas se van derritiendo durante el transcurso de la Bienal, por lo cual la obra no perdurará como objeto artístico y lo que permanece no es representativo del momento en el que fue creada.

Se trata de una “obra efímera” que conduce a la reflexión sobre la fugacidad de los artefactos y los antiguos esplendores. Pareciera que Urs Fischer, en la elección de la réplica de *El rapto de las sabinas* para su escultura, muestra la posible desaparición de una escultura inmortal. El mito de las sabinas no resiste lo efímero de la escultura de Urs Fischer. El mito, inmutable al igual que la escultura de Bologna, se vuelve un objeto

efímero. Es como si lo inmutable e inmóvil de la sociedad se hubiera modificado por un objeto que tiende al más allá sin medida y de constante y acelerada renovación. Como dice Lacan, lo real es sin ley. Lo real en esta obra es el objeto derritiéndose, lo cual evidencia el desorden de lo real en la actualidad.

En definitiva, esta obra trata de un mito sobre el origen de la civilización, mostrando a los romanos dispuestos a todo para la continuidad de su pueblo. En la obra, hay una caída de la ficción de la inmortalidad del mito y de la escultura de Bologna. Es como si asistiéramos poco a poco al derretimiento de esta ficción, de los antiguos ideales debilitados y, a su vez, fundantes de la civilización. Rudi observa atento pero con anteojos oscuros, me pregunto si para hacer visible o invisible lo que se ve. El artista presente con su silla vacía, agujereando y mostrando lo imposible, velando y revelando a su vez. Se cae con el derretimiento del rapto de las sabinas un mito, una ficción pero, poco a poco, en otro tiempo, va dando lugar a una representación diferente, introduciendo la obra de arte como pasible de ser autodestruida e incluyendo la muerte como parte constitutiva. Por último, la materia, lo que queda al final de la muestra, el derretimiento de una ficción conduciendo al arte por fuera del campo de lo bello, queda el resto, la cera depositada en el piso de lo que fue un mito, la huella de lo que fue en otros tiempos la exaltación de lo bello, ese resto con el que se armarán nuevas ficciones.